

viaron á la guillotina. Bella es la muerte de Andrés Chénier, y digno de un contemporáneo de Leónidas el modo como la arrostró, despreciándola; pero en nada se parece al lánguido cisne del romanticismo el que escribe desde la prisión: «Sólo siento morir sin revolcarles en el fango, sin vaciar la aljaba.» «¡Oh mi tesoro, pluma mía, hiel, bilis, horror, númenes de mi existencia! ¡Sólo respiro por vosotros!»

Si el vino poético de Andrés Chénier procede de un ánfora antigua, su pensamiento de su tiempo, y lo es hasta en los resabios y amaneramientos, marca indeleble del siglo XVIII; late en él el espíritu de la Enciclopedia. Chénier era, dice Chênedollé, *ateo con delicia*; uno de aquellos ateos estigmatizados por Bernardino de Saint-Pierre y Rousseau. La fe le parecía superstición, los sacerdotes embaucadores de oficio; y para que no le falte requisito alguno, sépase que uno de aquellos ardientes metales que Chénier tenía preparados con el fin de fundir campanas rivales del trueno, era un poema condenando las supuestas tropelías y atrocidades de los españoles en América, por lo cual debemos congratularnos de que tan denigradora y calumniadora campana no haya llegado á fundirse, y repetir, con distinto motivo, las palabras de Alfredo de Vigny: «Me siento consolado de la muerte de Andrés Chénier, ahora que sé que el mundo que se llevaba á la tumba era un poemazo interminable titulado *Hermes*. Iba á desmerecer; allá arriba lo sabían, y le pusieron punto final.»



II

El renacimiento religioso: Chateaubriand.—Los primeros apologistas católicos y monárquicos: Bonald y de Maistre.—Influjo del Norte: el osianismo.—Influencias europeas: Madama de Stael.

AUNQUE en Francia existía, desde la Edad Media y desde la pléyale ronsardiana, fuego escondido de romanticismo, y á pesar de los precursores, Dios sabe cuánto tardaría en alzarse la llama, á no ser por los cataclismos que cuartearon la tierra. Es preciso recordar el estado de Francia antes de 1793, y cómo lo que luego se llamó *antiguo régimen* había formado á su imagen y semejanza la literatura. Ciertamente que en los últimos años del reinado de Luis XV y en el de Luis XVI principió á disolverse la unidad y á alterarse la armonía; pero con grietas y todo, estaba en pie el sólido edificio, imponente por la regularidad de sus columnatas, la grandeza de sus pórticos, la elevación de sus techos de cedro, la majestad de sus cúpulas.

las de mármol y la elegancia de sus estatuas y vasos de alabastro, enredados de floridas guirnaldas. Sin figuras: Francia, antes de la Revolución, era coherente, católica, monárquica, académica, cortesana, culta, sujeta naturalmente al principio de autoridad en los diferentes órdenes de la vida; su literatura, fruto de semejante estado social, tenía, por lo mismo, hondas raíces, era nacional y orgánica. Las revoluciones no se cuidan de renovar las letras, que se renuevan sin embargo; los revolucionarios en política suelen ser conservadores y hasta reaccionarios en literatura; si la república roja trajo una literatura nueva fué por casualidad, á despecho del clasicismo á que los terroristas rendían parias; pero lo que estaba latente, lo desató la Revolución, con las matanzas, los regicidios, la proscripción de la nobleza, las guerras civiles y de la frontera, la mascarada del Directorio y la epopeya del Imperio.

El breve período de la Revolución es sobrado conocido para insistir en detallarlo. Ni importa á mi asunto más que una consideración: la del estado moral de Francia cuando, desangrada y rendida, se entregó sin condiciones á Bonaparte. Que lo explique un elocuente párrafo de Lamartine: «Los terremotos causan vértigo: el pueblo, viendo derrumbarse á la vez, el trono, la sociedad, los altares, creyó que venía el fin del mundo. El hierro y el fuego habían devastado los templos; la impiedad había renovado las persecuciones; el hacha había herido al sacerdote; la conciencia y la oración tuvie-

ron que ocultarse como crímenes; *Dios era un secreto* entre el padre, la madre y los hijos; la persecución hizo al sacerdote simpático, la sangre santificó el martirio; escombros de templos cubrían el suelo y parecían acusar de ateísmo á la tierra. El mundo estaba triste, como suele estar después de un gran sacudimiento; inquietud melancólica reinaba en la imaginación, y se esperaba un oráculo que revelase al género humano el porvenir.» En sazón tan propicia apareció el vizconde de Chateaubriand con el *Genio del Cristianismo* (1).

¡Cuán lejos de nosotros está ya el memorable libro! El autor mismo pudo presenciar su caída y lamentarla. «Publiqué el *Genio del Cristianismo*—exclamaba, con mal reprimida amargura—entre las ruinas de los templos. San Dionisio yacía abandonado: Bonaparte no pensaba aún en que necesitaría sepultura. No se veían más que escombros de iglesias y monasterios, y se tomaba á diversión ir á pasearse entre los derribos... Estos tiempos han pasado; veinte años han corrido; vienen nuevas generaciones; gozan de lo que otros prepararon, y no recuerdan lo que costó la lucha. Han encontrado á la religión libre de los sarcasmos de Voltaire; á los jóvenes atreviéndose á ir á misa; á los sacerdotes rodeados de respeto, y creen que el milagro se hizo solo, que en esto no intervino nadie...»

(1) Francisco Renato de Chateaubriand. Nació en San Malo en 1768; murió en París en 1848.

Notemos, antes de proseguir, un rasgo de la figura de Chateaubriand. O mucho me equivoco, ó es el primer ejemplar de un tipo que reapareció en España después de 1868 y fué llamado *apóstol laico* y *obispo de levita*. Aún no he acabado de decirlo, y ya recuerdo diferencias marcadísimas; y me apresuro á corregirme y distinguir, declarando que Chateaubriand fué únicamente el primer escritor laico que tuvo carácter de apologista del cristianismo, y que el papel de *obispo de levita*, inadecuado á su condición, quisieron encomendárselo las pasiones de partido, ávidas de estrujar hasta la última gota aquel talento poderoso, que hizo en un solo día, con un puñado de hojas impresas, obra más universal que Napoleón volviendo á abrir al culto el templo de Nuestra Señora. No pudo Chateaubriand desempeñar el papel: no tenía las virtudes de un santo para confundir á sus enemigos, que tampoco eran santos; de aquí el descrédito inmediato de su obra apologética. Triste suerte la de estos libros de circunstancias, que, pasada la sazón, ni se les agradezca la oportunidad.

Recordemos de dónde venía el nuevo Padre de la Iglesia. Chateaubriand, que cuando publicó el *Genio* tendría, poco más ó menos, la edad de Cristo, era un hidalgo bretón, de familia más rica en blasones que en hacienda, y por supuesto, legitimista y católica. Su niñez corrió á orillas de un mar donde arrulla la triste sirena del Norte, ó bajo los centenarios árboles del castillo de Comburgo, residencia muy nos-

tálgica, al borde de un lago. Una de sus primeras lecturas fueron las obras de Juan Jacobo, que le calaron hasta los huesos; por mucho que renegase después de tal influencia, nunca pudo echarla de sí. Por eso quizás su catolicismo anduvo siempre un poco «agusanado», y por eso no fué tan fecunda y salvadora su acción. No le había perdonado el contagio sutil.

Predisuesto por la raza, la familia y el medio á la melancolía, y organizado para cultivarla, Chateaubriand aparece atacado—desde el vientre de su madre, dice él, pero seguramente desde la pubertad—de ese padecimiento que se ha llamado *el mal del siglo*, aunque se encuentra bien diagnosticado en el *Eclesiastés*: el tedio, el hastío, la convicción de lo inútil y vano de la existencia, que Salomón conoció después de agotar placeres y grandezas, y Chateaubriand, más desgraciado, probó cuando apenas empezaba á vivir. Analizando el alma de *René*—dice su mejor biógrafo—se encontrarían tres resortes ó móviles esenciales (1): el hastío, insaciable y tenaz, el deseo, rápido como un relámpago, y el honor caballeresco, que se traduce en orgullo. El que iba á reconciliar á su patria con el cristianismo, empezaba por donde había acabado Rousseau; tenía ya sobre su conciencia una tentativa de suicidio—además de un sueño incestuoso—, y le faltaba el noble, el cristiano arrepentimiento de Agustín.

Cuando se embarcó para América, lle vaba, ya

(1) Sainte Beuve: *Chateaubriand et son groupe littéraire*.

que no las ilusiones saturnianas de Bernardino de Saint-Pierre, por lo menos una viva esperanza de inventar tierras, de desflorar comarcas, de saludar, como admirador entusiasta de *Pablo y Virginia*, una naturaleza virgen, que brindase líneas y colores á su paleta. Inverosímil parece que Chateaubriand sólo pasase en el Nuevo Mundo, que tanto lugar ocupa en sus obras, ocho meses á lo sumo. Una noche, á la luz de la hoguera del campamento, leyó un pedazo de periódico que refería el cautiverio de la familia real y los progresos de la revolución. Sin vacilar, el hidalgo legitimista regresó á Francia y se presentó en el cuartel general de los príncipes. Llevaba en su mochila el manuscrito de *Atala*. Enfermo, extenuado, poco faltó para que sucumbiese en una marcha forzada; y Sainte Beuve, aunque severo para Chateaubriand, al relatar este episodio se pregunta á sí mismo, sobrecogido de respeto involuntario, ¿cómo sería el siglo XIX á faltar tal eslabón de la cadena, á parecer hombre tal antes de que el mundo le conociese!

Mal restablecido pasó Chateaubriand á Londres, donde escribió un libro, el *Ensayo sobre las revoluciones*, que era la escoria depositada en su mente por el siglo XVIII, escoria que necesitaba echar fuera; uno de esos libros exteriores á su autor—por decirlo así—que no revelan la personalidad, sino la presión de un ambiente. La muerte de su madre, la de una hermana, le hirieron en el corazón; lloró y creyó; son sus palabras. Alguien ha negado la

sinceridad de esta conversión nacida del sentimiento; yo la encuentro, dado el carácter altanero de Chateaubriand, mucho más verosímil que una hipocresía y una comedia repugnante. Que su fe no pudiese parangonarse con la de un San Agustín; que fuese muy débil y muy pecador *René*, nadie lo negará; sin embargo, su imaginación y su voluntad de artista pertenecen al catolicismo, y no hay medio de ver calculado embuste en protestas tan enérgicas. «No soy—exclama—un incrédulo con capa de cristiano; no defiendo la religión como un freno útil al pueblo. Si no fuese cristiano, no me tomaría el trabajo de aparentarlo: toda traba me pesa, todo antifaz me ahoga; á la segunda frase, mi carácter asomaría, y me vendería. Vale poco la vida para que la rebocemos en una farsa. Y ya que por afirmar que soy *cristiano* hay quien me trata de *hereje* y de *filósofo*, claro que viviré y moriré *católico, apostólico, romano*. Me parece que esto es claro y positivo ¿Me creerán ahora los traficantes en religión? No; me juzgarán por su propia conciencia.» Por lo menos, le creyeron críticos que no se pasan de candorosos, y la caridad nos mandaría que le creyésemos también, si el juicio no bastase para enseñarnos que, á pesar de ciertas aleaciones sospechosas, la obra literaria de Chateaubriand cristiana, es, en conjunto; no pagana ni racionalista. Cristiana, como pudo serlo en la hora que Dios señaló á su aparición, providencial en cierto modo; y tan cristiana, que sólo por al cristianismo llegó el romanti-

cismo, siendo así que en estética Chateaubriand no soltó nunca los andadores clásicos, ni vivió un minuto en la Edad Media, cuya belleza no comprendía.

De vuelta á Francia Chateaubriand, preparó la publicación del *Genio del Cristianismo*, y antes la del episodio de *Atala*, del cual luego hablaremos, y que cuantos escriben acerca de Chateaubriand comparan á la paloma del Arca portadora del ramo de oliva, así como el *Genio* representa el arco iris, señal de alianza entre lo pasado y lo porvenir. Fué la aparición del *Genio* un maravilloso golpe teatral; anuncióse al público la obra el mismo día en que Napoleón hizo que bajo las bóvedas de Nuestra Señora se elevase el solemne *Te Deum* celebrando el restablecimiento del culto. En aquella ocasión Chateaubriand llamaba á Bonaparte «hombre poderoso que nos saca del abismo»; verdad que entonces no había fusilado al duque de Enghien. El efecto del libro fué inmenso: ni cabía más oportunidad ni más acierto en la hora de lanzar una apología completa, poética y brillante de la religión restaurada. Con el *Genio del Cristianismo*, Chateaubriand sentaba la piedra angular de aquel magnífico renacimiento religioso que se extendió á toda Europa, y que, por no citar más que nombres familiares, produjo en España la filosofía de Jaime Balmes y las teorías de Donoso Cortés.

Como este libro apenas se lee ahora, diré que es una apología ó demostración de las creencias religiosas por medio del esplendor

de su hermosura. Divídese en cuatro partes. La primera trata de los misterios y sacramentos, de la verdad de las Escrituras, del dogma de la caída, de la existencia de Dios demostrada por las maravillas de la naturaleza—asunto favorito para un paisajista incomparable—y de la inmortalidad del alma, probada por la moral y el sentimiento. La segunda abarca la poética del cristianismo, de las epopeyas, de la poesía en la antigüedad, de la pasión, de lo maravilloso, del *Deus ex machina*, del Purgatorio y del Paraíso. La tercera trata de las Bellas artes: escultura, arquitectura y música; de las ciencias: astronomía, química, metafísica; de la historia; de la elocuencia; de las pasiones; la cuarta del culto, de las ceremonias, de la liturgia, de los sepuleros, del clero, de las órdenes religiosas, de las misiones, de las órdenes militares y, en general, de los beneficios que al cristianismo debe la humanidad.

No cabe plan más vasto ni más alta ambición: es el mismo ideal de la Edad Media, la gran Suma, la Enciclopedia católica opuesta á la Enciclopedia negadora é impía; y en verdad que si Chateaubriand hubiese llenado este cuadro inmenso, en relación á nuestra edad, como Dante llenó el de la Divina Comedia en relación á la suya, Chateaubriand no sería un gran escritor, sería un semidiós.

Si hoy recorremos las páginas de ese libro que removió á su época, que fué «más que una influencia», dice Nisard—nos cuesta trabajo comprender su acción: sólo vemos sus defec-

tos, la estrechez de sus juicios estéticos y literarios—, cuyo mezquino clasicismo demuestra hasta qué punto Chateaubriand era ajeno al espíritu del romanticismo, é inconsciente al fundarlo—, la endeblez de las pruebas, la frialdad del estilo, lo trillado de los razonamientos, lo superficial de la doctrina. Es preciso, para que nos pongamos en lo justo, recordar que el *Genio del Cristianismo*, menos duro de roer que la *Divina Comedia*, no ha cesado de servir de texto fácil y de ser diluído y saqueado en el púlpito y en la prensa católica, como advierte el mismo Chateaubriand; por eso nos parece que está atiborrado de lugares comunes, sin fijarnos en que no lo eran, sino al contrario, novedades originalísimas, cuando aún enturbiaba el aire el polvo de las demoliciones de los templos. Una labor más fina, una dialéctica más acerada y altiva, una erudición sobria, pero más segura; una crítica más honda, un sopló más directamente venido de las cimas y del cielo, no conseguirían entonces lo que consiguió la obra de vulgarización religiosa de Chateaubriand.

Recibióronla sus contemporáneos como la tierra seca recibe en estío el riego; la absorbieron con avidez. No hubo al pronto disidentes, ó si los hubo no se atrevieron á levantar la voz; las críticas, algunas justas, fueron ahogadas; el *Genio del Cristianismo* armonizaba tan bien con las necesidades del momento, con las miras de Napoleón y el temple conciliador del Concordato! La catolicidad de la obra cooperó

á difundirla y á convertir un acontecimiento literario en acontecimiento religioso: cuando Chateaubriand, nombrado secretario de Embajada, pasa á Roma y solicita del Papa una audiencia, encuentra al Vicario de Dios leyendo el *Genio del Cristianismo*.

Nótese bien que un triunfo de esta clase no se parece á los triunfos literarios que presenciarnos hoy. Ningún escritor moderno puede esperar que su mejor obra sea recibida como el maná; insensato el que soñase con el doble lauro de restaurar ó vindicar la religión y á la vez renovar la poética y las corrientes literarias. No se reproducirá probablemente el caso del *Genio del Cristianismo*: al contrario, según el siglo adelanta, la literatura va especializándose y aislándose hasta convertirse en lo que califica un donosísimo escritor (1) de mandarínato: camino lleva de que lleguen á leerla sólo los que la producen. Tampoco Chateaubriand podrá jactarse de conseguir dos veces en su vida tan feliz conjunción de astros. Siete años después de la publicación del *Genio* da á luz la que cree su obra maestra, una epopeya concebida entre los esplendores de Roma, en el seno del catolicismo; una composición, sin género de duda, superior al *Genio*, aplicando las teorías expuestas en él: no incoherente, como *Los Natchez*, sino armónica, depurada, fruto de una madurez todavía juvenil: el poema de *Los Mártires*, embellecido por los

(1) Lemaitre.

castos amores y las gentiles figuras de Eudoro y Cimodocea, enriquecido como diadema de oro con una perla, con el episodio de *Veleda*, breve y admirable; saturado de esas comparaciones y de esas imágenes que Chateaubriand rebuscaba en Homero y conseguía engarzar en su estilo con encanto, si no con la sencillez augusta del inimitable modelo; poema, en suma, que marca el apogeo de un talento y la plenitud de una manera elevada y brillantísima. Pero el filtro ya no actuaba, el círculo mágico se había roto; el momento era distinto; la Revolución, semiplastada, removía sus miembros de dragón que tiene siete vidas; las críticas fueron acerbas y crueles, tibio el entusiasmo; el público, según el dicho de Chenedollé, se venga en las reputaciones adultas de las caricias que les prodigó cuando estaban en la niñez. Hubo quien calificó á *Los Mártires* de «necedad de un hombre de talento», y Chateaubriand, con el corazón ulcerado, se despidió de las musas en las páginas del *Itinerario*. Resolvió consagrar la segunda mitad de la vida á la política y á la historia.

No nos despedamos nosotros todavía de lo que verdaderamente inspiraron á Chateaubriand las musas: *Atala*, *René* y el episodio de *Veleda*. Ni *Los Natchez*, aquel largo poema destinado á rivalizar con los insoportables *Incas* de Marmontel; ni el *Genio del Cristianismo*, ni *Los Mártires*, ni el *Itinerario*, conservan su ascendiente; pero en la amante de Chactas; en el mísero hermano de Amelia; en la

druidesa de la isla de Sen y en el último Abencerraje persiste esa vitalidad singular que el arte comunica á sus creaciones, más duradera que el soplo fugaz prestado por la naturaleza al organismo físico de las criaturas. El romanticismo, como escuela literaria, ha pasado, aunque dejando raíces y retoños de nuevas primaveras; pero hay, y es preciso que lo reconozcamos hasta los más prendados de la realidad, un romanticismo natural y eterno, que nos permite comprender y saborear lo mismo el episodio de Ugolino en la *Divina Comedia*, que los funerales de Atala ó el cuadro de *Veleda* pasando el lago en su barca entre el fragor de la tempestad. El juicio crítico puede reconocer los errores, los anacronismos, las inverosimilitudes de los episodios de René y Atala; puede condenar severamente que una apología del cristianismo incluyese la perturbadora historia del corazón de René, amasado de orgullo y de miseria, dice el mismo autor; puede enterarnos de que Chateaubriand, que tan arrebatadora descripción hace del río Mississippi, no lo había visto nunca, pues á lo sumo habría descendido en parte la corriente del Ohio; puede dar por imaginarios los osos beodos de tanto comer racimos, los papagayos verdes con cabeza amarilla, los flamencos rosa; puede asombrarse de que un salvaje como el Sachem ciego haya visto representar tragedias de Racine y escuchado las oraciones fúnebres de Bossuet; todo ello no importa; la verdad de Atala y de René, sobre todo de René, está más

adentro, en la imaginación, en el sentimiento lírico, en la correspondencia del alma con la voz del poeta. No hay que negar á Chateaubriand este dictado porque escribiese en prosa: una prosa como la suya tiene derecho á desdeñar el verso, pues lo eclipsa. Su fantasía es un miraje en el mar; su estilo, rico en colores, musical, sugestivo, va directamente á los nervios, y de los nervios al alma, especie de Roma, ya que se puede ir á ella por todas partes.

Cuéntase que Bernardino de Saint-Pierre, molesto por la fama de Chateaubriand, como éste más tarde por la de Lamartine, dijo en cierta ocasión: «No es extraño que se le vea más que á mí; yo sólo usé el pincel, y él usa la brocha.» Así cada generación reniega de la que le sigue; á su vez Chateaubriand detestaba á sus descendientes, legítimos representantes del romanticismo, devorados por el buitres de Prometeo. No tenemos para qué seguirle á la arena política, en que entró desnudando aquel puñal que, según frase de Lamartine, llevaba cosido al forro de su ropa, y que según el dicho de Luis XVIII valía por un ejército: la terrible invectiva titulada *De Bonaparte y de los Borbones*. Dejémosle luchar y envejecer de mala gana y contra todo su talante, siempre altanero y melancólico, asociando su prestigio de ex-rey de las letras al de una ex-reina de la hermosura, hasta que las olas del mar—que de niño le entristecieron el alma—, al azotar su tumba abierta en un escollo y señalada por una cruz, arrullen su eterno sueño.

Antes de que apareciese en el horizonte Chateaubriand, romántico á pesar suyo, ya los excesos del Terror y la impresión trágica de las jornadas revolucionarias habían removido en las almas el sedimento religioso, y producido repentinas conversiones, como la del acerbo y mordaz crítico La Harpe, que se volvió á Dios con el alarde de un Saulo perseguidor, herido por el rayo de luz y arrepentido. Las persecuciones, como siempre sucede, aureolaban de poesía á la fe, exaltando los ánimos y predisponiéndolos al lirismo cristiano. La época era propicia á los apóstoles de la palabra, de la estrofa y del libro.

Merced á la libre expansión romántica, el sentimiento religioso renaciente se dividió ya desde un principio en dos razas: la objetiva ó apologética, la individual ó subjetiva. Las dos pueden fundarse en el *Genio del Cristianismo*, si bien la segunda encontró su expresión culminante en Lamartine.

A la cabeza de la primera dirección encontramos á dos grandes teóricos y publicistas: Bonald y De Maistre. Bonald (1), en el sangriento año de 1793, iba á cumplir cuarenta, de suerte que pudo fijar en la Revolución desencadenada y triunfante la severa ojeada de la edad madura. Había servido en los mosqueteros; combatido y seguido las enseñas de Condé; fijándose después en Heildeberg, desde

(1) Ambrosio de Bonald. Nació en Milán en 1754; murió en París en 1840.

donde lanzó, en 1796, á la publicidad y á la polémica su *Teoría del poder político y religioso*. El orden restablecido por Bonaparte le permitió regresar á Francia, y, transigiendo con el Imperio, no perdió la querencia á los Borbones. Dicese que esta adhesión de Bonald á la familia desposeída procedía de una sonrisa dulce, de unas palabras bondadosas que antaño, en los albores de su reinado, le había dirigido María Antonieta: que esto pueden conseguir con poco esfuerzo los reyes, y las reinas más aún. Espíritu austero y religioso sin hipocresía, los biógrafos de Bonald recuerdan que, entrando en una iglesia de Heildeberg acompañado de sus dos hijos, como leyese en el altar mayor la inscripción latina *Solatori Deo*, dijo gravemente: «Hijos, estas palabras son para los emigrados.» Tantos dolores, tantas luchas, tantas heridas mortales, no podían, efectivamente, hallar consuelo eficaz más que en Dios.

De la *Teoría del poder*, confiscada por la policía del Directorio, había recibido un ejemplar el General Bonaparte: árbitro ya de los destinos de Francia, después del 18 de Brumario, borró de la lista de emigrados al autor. Bonald regresó á Francia y se dió á combatir en *Los Debates* y en el *Mercurio* las ideas revolucionarias. Las escaramuzas en la prensa fueron anuncios de su obra más importante, *La legislación primitiva*. En este libro, que más que á la historia literaria pertenece á la historia del pensamiento, Bonald combate la soberanía

del pueblo, funda la sociedad en el derecho divino, hace á Dios fuente de todo poder y acaba por decir: «La Revolución, que ha empezado declarando los derechos del hombre, sólo acabará cuando se declaren los de Dios.» No nos importa juzgar aquí al teórico: en España hemos tenido, y tenemos, partidos políticos inspirados en el credo de Bonald, y que han realizado el aparente imposible de exagerar sus principios. En el orden filosófico, son patrimonio de Bonald la hipótesis atrevida de la revelación del lenguaje, la del origen de la sociedad en la organización de la familia, en el poder y la fuerza, en la paternidad y la dependencia opuestas á la igualdad y la fraternidad, todo ello iluminado por la mística luz de una síntesis *triple*: la causa, el medio, y el efecto; el padre, la madre y el hijo; Dios, el Verbo y el mundo: concepción cuya grandeza es imposible desconocer, y que sólo peca por sobra de lógica, y porque es una abstracción — lo más peligroso en política.

Es el estilo de Bonald de dórica sencillez, escueto y sin galas, como si las desdenase; carece de gracia, de aticismo, de esa especie de *unció*n que atrae y cautiva. Sus ratiocinios son complicados; pero—dice un crítico que no le ha juzgado con excesiva blandura (1)—á veces la cadena de su argumentación se suelda á una fórmula que brilla como un anillo de oro, y sus sentencias se imponen como oráculos.

(1) Merlet. *Tableau de la littérature française*.

Sabía perfectamente Bonald que no había nacido para *agradar*; era de los que cultivan la impopularidad como otros la simpatía; profesaba el axioma de que la belleza, en todos los órdenes, reviste caracteres de severidad; y como un día se hablase delante de él de la acogida diferentísima que habían encontrado en el público *La legislación primitiva* y *El Genio del Cristianismo*, contestó tranquilamente: «Se comprende: yo les he servido la droga al natural, y él la ha presentado confitada.» Diferencia de lo hablado á escrito é impreso: en letras de molde Bonald decía de *El Genio del Cristianismo*: «En tal libro la verdad aparece engalanada como una reina el día de su coronación.»

Más arriba que Bonald, en el terreno de las letras, es preciso colocar al conde de Maistre (1). De estos dos hombres, que no se vieron nunca, que se creían gemelos por la inteligencia y que, sin embargo, tanto se diferenciaban, el autor de *Las Veladas de San Petersburgo* es quien ostenta el colorido intenso, el ímpetu pasional, el vuelo de águila y la marca como de garra de león, aunque Bonald le vence en lógica y en concatenación de ideas. Interesante es el fenómeno de gemelismo intelectual, más frecuente de lo que se cree, que dictaba á de Maistre estas palabras dirigidas á Bonald: «¿Cabe que la naturaleza se haya complacido en for-

(1) José María de Maistre. Nació en Chambéry en 1753: murió en Turín en 1821.

mar dos cuerdas tan unísonas como su pensamiento de usted y el mío?» Y Bonald contestaba: «Nada he pensado que usted no haya escrito, nada he escrito que usted no haya pensado.» Y era que en ambos actuaban las mismas causas históricas.

El conde José de Maistre era piemontés, natural de Chambéry, pero de familia oriunda de Francia. La Revolución le deslumbró y á la vez le horrorizó; donde otros vieron una convulsión política ó una grotesca saturnal, él vió algo bíblico: la cólera de Dios castigando á una generación descreída y prevaricadora. Creyente en los destinos de Francia, á quien tenía por instrumento providencial, de Maistre consideró en los desastres del 93 el vuelo y el ardiente gladio del ángel exterminador, y tuvo la convicción de que asistía á un momento sólo comparable al diluvio ó á la irrupción de los bárbaros. El espanto exaltó su fantasía, convirtiéndole en vidente, no siempre lúcido, pero atrevidísimo, desatado, brillante y sugestivo, como ahora se diría. Anunció el fracaso de la Revolución, cuando ésta parecía triunfar; formuló antes que Darwin la teoría de la lucha por la existencia, profetizó la restauración de la Monarquía, el descrédito del filosofismo, la sumisión de la Iglesia galicana á Roma, la infalibilidad pontificia, la victoria de la autoridad y de la fe alzándose sobre las ruinas de la sociedad. Su apoteosis de la guerra, su hipótesis del exterminio del género humano, su rehabilitación del verdugo, su teoría de la